

JOSÉ LUIS JURESA

La realidad

por

sorpresa



UN ENSAYO SOBRE EL SENTIDO
DEL PSICOANÁLISIS

PAIDÓS

JOSÉ LUIS JURESA

La realidad
por
sorpresa

UN ENSAYO SOBRE EL SENTIDO
DEL PSICOANÁLISIS

PAIDÓS

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Una poética entre la sangre y la ciudad, por Alexandra Kohan | 11 |
| Primera parte | |
| Memoria (Con y sin archivo). | 19 |
| Aparatos de memoria. | 21 |
| Freud | 29 |
| Una memoria sin archivo | 35 |
| Racionalidad sensible. | 44 |
| Segunda parte | |
| Recorrido y devenir (Variaciones en <i>loop</i> sobre pulsión y realidad). | 51 |
| Campos de realidad | 53 |
| El órgano desviado | 76 |
| La imposible máquina de un cuerpo sin esencia | 86 |
| Fuerza mítica | 95 |
| La vida recorrido, la muerte objeto. | 101 |
| Realidad, objeto impensado. | 107 |
| El montaje | 113 |
| El objeto jamás perdido | 120 |
| Mal. | 126 |
| Materia aparecida | 138 |

Tercera parte

| | |
|--|-----|
| Hallazgo (Leer al nivel de la pulsión) | 149 |
| Slimobich: el leer en el habla | 151 |
| Espiritualidad en progreso | 163 |
| Salir vivo de la experiencia de la muerte. | 172 |
| El cuerpo que habla se lee | 185 |

Cuarta parte

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Conclusión y retorno | 197 |
| La infancia que insiste | 199 |
| La lengua del adiós | 215 |

Quinta parte

| | |
|---|-----|
| Anexo (Nota al pie del libro) | 221 |
| La realidad por sorpresa | 223 |

| | |
|----------------------------------|-----|
| <i>Agradecimientos</i> | 235 |
|----------------------------------|-----|

Primera parte

MEMORIA

(Con y sin archivo)

*Allí donde haya una buella humana,
no hay nadie que no se haya convertido en súbdito.*

Qin Shi Huangdi, primer emperador
del Imperio chino unido

APARATOS DE MEMORIA

Los “aparatos de memoria” tuvieron su origen en la necesidad de procesar, almacenar y recuperar información para el funcionamiento de grandes conjuntos de individuos o conglomerados humanos y su aparición acompañó la consiguiente expansión y progresiva complejidad de la economía. La escritura —su invención— funcionó como parte de un sistema de registro y archivo para contabilizar la mercancía, ya que el desarrollo de las nuevas élites gobernantes dependía de la organización y el control de los resortes de poder del Estado. El crecimiento de los recursos económicos comenzó a generar un sobrante en la agricultura floreciente, que favoreció el intercambio comercial con otros Estados, para lo cual se hizo necesario llevar alguna marca contable y también una marca de propiedad. Las cantidades crecientes de cosecha ameritaban que la complejidad de la cuenta y de la administración se pudiera apoyar en ese aparato de memoria que representaron la escritura y sus soportes (tablas de arcilla, papiros, escribas), ya que no todo podía “entrar” en la cabeza de un solo individuo para su memorización. La escritura y su desarrollo acompañaron el crecimiento y la expansión del poder de civilizaciones que se hicieron grandes

en su estructura de organización y administración de recursos, es decir que esa expansión y extensión de la memoria habilitó el desarrollo global. Por supuesto, a medida que la complejidad de lo que se debía registrar, más la cantidad y la necesidad del entrecruzamiento de los datos se incrementaron, surgió un nuevo problema que era el ordenamiento de los archivos y la búsqueda y recuperación rápida de los datos almacenados, o sea, la administración. Representación, archivo y recuperación de datos escoltaron proporcionalmente la acumulación de poder de los gobernantes y el surgimiento de las grandes ciudades o, más aún, de los imperios.

Junto con tal “aparato de la memoria” también nació una fuerte necesidad de medir, cada vez con mayor precisión. La medida es un modo de establecer un orden y una economía de recursos, como así también el surgimiento de toda una burocracia dedicada a su administración. Lo decimos en un amplio sentido de la palabra “medir”, que no solo tiene que ver con una medida exacta, sino también con la necesidad de implementar y ejercer el poder de distribuir y asignar recursos. Tomar medidas también es el reflejo de reconocer la finitud y la limitación de la que deviene la necesidad de administrar. Medir y “tomar medidas” son la expresión de un límite, reconocimiento que incluye la vida humana como dato. Incluso la guerra precisa de organización, favorecida por una buena administración de la destrucción de los recursos, ya que quien mejor gestione más posibilidad de ganarla y de perdurar tiene.

Lo cierto es que este “acontecimiento” de escritura ligado a la sedentarización de la vida, a la creación de una economía cada vez más compleja, más allá de la mera supervivencia, al desarrollo de la agricultura y el nacimiento de las ciudades señala la inauguración de un espacio fuera del individuo, ajeno a él, con el que va entrando en una relación de progresiva dependencia. Esos aparatos de memoria externos no solo sirven para la economía o la guerra, sino para educar, formar, forma-

lizar, intercambiar registros, inscribir acontecimientos. La vida “civilizada” lo requiere. Se va delimitando, estableciendo una separación clara, nítida, definida, entre la existencia individual y el funcionamiento de su “archivo inmediato”, su memoria de corto alcance y consciente, la que puede dar cuenta de sí y de lo que sucede en el instante, y otro archivo de memoria ligado a lo precedente y a aquello que lo sobrevivirá, una memoria enajenada, fuera del cuerpo y plasmada en un soporte físico “muerto”, inorgánico, con el que el individuo podría no tener más contacto el resto de su vida. Es un decantado a la “medida” de los intereses del poder que rige la vida de los integrantes de la ciudad o del Estado. Tenemos, entonces, por un lado, una memoria “interna” ligada a lo humano presente, vivo e individual, y por otro, una memoria de aparato, de artificio, deshumanizada, ausente de los cuerpos (o los individuos) a los que se refiere y de los acontecimientos que le dieron origen, archivada como un recurso para ser eventualmente usado a los fines de tomar medidas y ejercer un control. Letra viva y letra muerta de una memoria que se entrecruza con base en el mismo instrumento: la palabra y la letra.

Vemos que el desarrollo de los “aparatos de memoria” artificiales, extrahumanos, es inherente al desarrollo de un tipo de civilización muy centrada en la producción y acumulación de bienes y el poder de ejercer sobre ellos el control de su administración y distribución. Entre otros usos, la escritura, la registración y el archivo van generando las condiciones de posibilidad para observar la “naturaleza”, que se percibe inmediatamente como apropiable, registrar los datos de tal observación y enlazarlos para sacar de ellos conclusiones generales. Del mismo modo, los primeros científicos o sabios parecían usar su sola cabeza para realizar todas esas operaciones, pero la escritura fue transmitiendo de generación en generación su testimonio y su saber hasta ir conformando las bases de la ciencia moderna. La ciencia moderna irá generando las condiciones de una nueva

objetividad basada en una asepsia total, en la que el científico se transforma en un ojo que observa, registra y elabora hipótesis a partir de ese registro plasmado en aparatos de memoria cada vez más sofisticados y ajenos por completo al engaño de la memoria “interna”, humana —atravesada de espejismos y deseos que no pueden ni deben interferir en la observación—. La ciencia se separa por completo de la realidad del científico para conformar, con base en la evolución fenomenal de los aparatos de memoria externos, su propia realidad, su propio funcionamiento, prescindente por completo de lo humano. Más científicidad hay, más objetividad se garantiza cuanto menor sea la presencia del científico y su realidad en el experimento.

Con la ciencia moderna, enlazada al desarrollo exponencial del capitalismo, esa memoria “externa”, ausente de lo humano, va tomando cada vez más lugar, invadiendo el terreno de la vida cotidiana hasta ganarlo casi por completo. La ciencia tiene su plasma germinal en este punto. La escritura científica, basada en el archivo de datos experimentales y en la formulación de ecuaciones ausentes de todo sentido ligado a la vida del científico, produce un “desprendimiento” de la singularidad individual, aunque esta sea un producto de su creación. Por ejemplo, $E=mc^2$ es la fórmula de la energía en Einstein, pero esta ecuación científica no tiene ningún sentido particular que la ligue a su inventor, no dice nada de Einstein. Eso es ciencia. Esa fórmula se plasma en aparatos tecnológicos que funcionan teniendo en cuenta esta enunciación, enajenados de lo que pudo haberle pasado a Einstein mientras producía su descubrimiento, de la emoción que pudo haber sentido, de las consecuencias que su invención tuvo en su vida.

Si de pronto desapareciese la especie humana, los archivos de memoria, los artificios en los que se plasmaron los datos acumulados por siglos puestos en inventos y producciones de incontables objetos, seguirían allí como letras de una lengua muerta e indescifrable, ausente de un lector que les dé vida.

Pero, hasta ahora, hemos estado hablando de un soporte de escritura y archivo ajeno a la presencia humana, el de una escritura enajenada de toda singularidad, denominada “ciencia”, la cual trajo beneficios evidentes para la prolongación de la vida y el aumento del confort. Pero ¿es a eso a lo que llamaríamos “vida”? ¿Con eso alcanza para darnos por satisfechos?

Todo indicaría que no y es este el punto en el que el psicoanálisis se transformó en una oreja dispuesta a escuchar lo que, por la pluma de Freud, se denominó el “malestar” en la cultura. Una parte importante de ese malestar tiene que ver con esa enajenación, en la cual la singularidad que representa el individuo “Einstein” se transforma en objeto de la ciencia, para eliminarla por completo en pos de la validación de sus fórmulas. El psicoanálisis planteó la relación directa que hay entre estos “aparatos” de memoria externos —más sofisticados y demandantes cada vez— y el creciente malestar de los individuos sometidos a las necesidades y exigencias del funcionamiento de sus artificios tecnológicos, todo en nombre de la misma civilización que los tiraniza. Los seres humanos se transforman en operadores de un sistema que tiende a dejarlos secos y sin aliento, ausentes de sí mismos, “desaparecidos” como Einstein detrás de las letras de su fórmula de la energía. Freud escucha al nivel de ese malestar y descubre que el individuo está dividido, escindido entre un vasallaje y otro, el de la “civilización” cada vez más sofisticada y demandante, deshumanizada, y el del cuerpo que le “exige” atender sus tendencias más primarias ligadas a una memoria que se aloja en su cuerpo y atesora las huellas más secretas y singulares de su vida, a veces desconocidas hasta para el propio individuo. Se expresa así una división, que es estructural, entre lo universal y lo singular, la “sangre” y la ciudad, al modo de la tragedia de Antígona. Freud escucha ese ruido de los cuerpos “desaparecidos” bajo un exceso de “civilización”, confundida con la puesta al servicio de los aparatos técnicos, la producción, el consumo

y la acumulación, pilares de la organización económica global y el poder establecido.

Freud, al poner la oreja al servicio de una escucha que se afina sobre aquello que “no encaja”, crea las condiciones para volver a traer el cuerpo a la vida dentro de esa misma civilización, y una memoria que le es inherente, la memoria de su singularidad. ¿Podría el cuerpo ser un lugar de “archivo” en el que se guarde la “memoria” de aquello que lo ha constituido como tal según su historia existente y también precedente? ¿De qué modo? ¿Hay allí un tipo de escritura? ¿Cuál? Y el cuerpo, ¿qué tipo de soporte sería? ¿Y por qué leer al nivel de esa memoria implicaría un alivio del malestar que, en mayor o menor medida, padecemos todos dentro de esta “cultura”? Ya no se trata de la tabla de arcilla, de la piedra, de la tinta o del papel, de un archivo de memoria que se queda “quieto” en su soporte muerto, inorgánico, sino de un soporte al que le es inherente la reescritura, la traducción, la trasposición, el borrado, la laguna y la invención... Todo anudado a las circunstancias de vida del individuo. No es una escritura de lo muerto, o ausente de lo humano, es una escritura de vida, ligada al cuerpo y no a su desaparición dentro de la “modernidad civilizatoria”.

El cuerpo es un soporte de memoria a la que el individuo no accede como tal, por su propia división entre la memoria del cuerpo y el archivo externo, entre su singularidad y las leyes universales de la ciencia moderna, cuyas aplicaciones son cada vez más exigentes y demandantes de “operadores” a tiempo completo. El individuo no es “dueño” de su propio cuerpo —en el sentido del ejercicio de un dominio absoluto del “terreno”, como el de un vigilante que alcanza a verlo todo desde su posición estratégica—. Ya no puede considerárselo “individuo”, sino que es sujeto de una fuerza que no abarca ni controla de forma absoluta, hace epicentro en su cuerpo, y se hace sentir con la presencia de una ola cuyo movimiento solo queda acompañar para no romperse, para no dañarse.

Así, el humano —sobre todo el humano contemporáneo, inundado de archivos de memoria presentes en miles y miles de objetos que lo rodean en su vida cotidiana— anda entre una memoria vital, ligada a su cuerpo y a su historia —transgeneracional, colectiva, transindividual e íntima, tamizada por sus propias experiencias y saberes devenidos— y una memoria externa, ausente de su historia y su sensibilidad, acumulativa e invasiva, que no le concierne, pero que lo ahoga y lo obliga a funcionar según sus mecanismos de soporte y reproducción. Esa objetividad fue colocando el cuerpo humano, paso a paso, en el lugar de objeto, para dividirlo en partes, adaptar su trabajo al sistema de especialización y desplazarlo del centro de las preocupaciones científicas. Esa tendencia “objetivista” no solo se manifiesta en la vida laboral sino también en la vida social, ya tomada casi completamente por esa especialización: creyendo que estamos haciendo “vida social”, nos hemos transformado en creadores de contenidos audiovisuales gratuitos para todas las plataformas denominadas “redes sociales”.

Freud consideró dos fuerzas opuestas que se expresan también como una división del “individuo”, presente en la conflictividad que tiene por “teatro de operaciones” el cuerpo: la pulsión de vida y la pulsión de muerte. El individuo y la comunidad, la ciencia y la singularidad, las leyes de la sangre y las leyes de la ciudad. Freud resuelve que esa tensión constituye la realidad humana, entre lo particular y lo general. En esa división habita el cuerpo, lo cual replantea el concepto de “objetividad científica”. Hasta hoy se ha resuelto el problema desconsiderando al psicoanálisis como tal ciencia, pero no me parece que esa sea una solución satisfactoria, porque el problema sigue esperando: ¿dónde ponemos el cuerpo dentro de la ciencia (o sea, lo que resiste a su ley), considerando que la ciencia es un producto del quehacer humano y, por lo tanto, imposible de escindir de sus inventores y de aquellos (la humanidad entera) con los que sus resultados y aplicaciones tratan?

Cada cual relata *su* vida, no *la* vida en general, y al relatarla da cuenta, sin querer y sin saber, del modo en que va retornando al “polvo” del que proviene y fue su causa, anterior incluso a su existencia de individuo. Es una metáfora para referirme a la pulsión de muerte. La pulsión de vida, en cambio, en su extremo, niega lo general, la comunidad, y lleva al aislamiento por el afán individual de preservar al individuo. Como en el destino de Antígona, la pura pulsión de vida culmina o se “realiza” en el encierro vivo dentro de una tumba. La solución está en los modos en que lo particular se inscribe en lo general y viceversa. La solución está en esa división que se establece en el conflicto y del cual el sujeto es efecto. La solución freudiana está en el sujeto y no en el individuo.

Surge allí un nuevo lugar, si es que de eso se trata, en la ciencia, de leer datos para confirmar o rechazar hipótesis. El científico es un lector del experimento y de los datos que extrae de allí, pero el psicoanalista lee en un cuerpo las huellas de una experiencia, que, como tal, es singular y que el dispositivo analítico produce y sostiene. No se trata de un “experimento”. La ciencia se desentiende del malestar de los cuerpos (en la cultura) por una necesidad inherente a su procedimiento, el psicoanálisis lo recupera como un dato fundamental. ¿Eso alcanza para descartarlo como ciencia?

Los aparatos de memoria, ajenos al cuerpo, plausibles de transparencia, van perfeccionando e incrementando sus capacidades de archivo y recuperación —también de procesamiento—. La ciencia los utiliza incrementalmente, depende de ellos. El ser humano se rechaza a sí mismo en nombre de la “objetividad” que esa ciencia reclama para sí y que utiliza como garantía de validación. La escritura, como aparato de memoria con la que escribe sus fórmulas, operó una dislocación y una sujeción de la especie humana a un presupuesto del que se hizo esclava: la “objetividad”, una suposición en la que hizo descansar, incluso, su propia permanencia como especie (paradójicamente, eso

incluye entre sus efectos la amenaza de aniquilación nuclear y la cada vez más evidente destrucción ambiental). Estamos, entonces, frente a la amenaza real de desaparición de la especie.

FREUD

En este panorama, a fines del siglo XIX hace su aparición un científico vienés con tendencia controlada a padecer desviaciones ocultistas, que le dio lugar a la palabra del malestar al escuchar a los enfermos neuróticos, silenciados en nombre de la objetividad científico-técnica (y sus aplicaciones económicas) que se fortificaba y expandía de manera irreversible en todo el planeta. En primer lugar, y no causalmente, las mujeres, “sus” histéricas en consultorio, aquellas que hacían surgir las miserias y violencias íntimas de la vida en una gran urbe, que no podían acallar más sino a costa de un gran padecimiento en el cuerpo que se les hacía insufrible y no las dejaba vivir. En sus palabras, se deslizaba una memoria que recuperaba ese otro cuerpo silenciado, descartado como si se tratase de los restos desechables de la operación científica. Los cuerpos humanos “expropiados” de su “fantasma” para someterlos —en nombre del progreso— a la mirada objetivista de los científicos de la salud. La salud se construye así como un bien procesado y distribuido “para todos” desde las prescripciones de la medicina y de los médicos y científicos que las producían. El cuerpo humano, objetivado, se desmembraba en órganos y especialidades de funcionamiento como si se dividiera en departamentos dentro de una organización corporativa, y los “especialistas” se ocupaban, como burócratas, de “gerenciarlo” con la anuencia forzada del paciente, “objetivado” bajo una pretendida mirada aséptica. El individuo seguía (y sigue) a rajatabla las indicaciones médicas y en eso no tenía (ni tiene) nada que decir ni opinar. Su palabra era y aún es descartada como un sobrante, como la rrebaba de una ope-

ración (un corte) en una película que siempre será producida, escrita y dirigida por el médico y su saber.

El médico vienés en cuestión, Sigmund Freud, toma una decisión guiado por sus pacientes (hubo una que específicamente le pidió que la dejara hablar de su padecimiento) y por su intuición investigadora: deja que la palabra se reintroduzca en el dispositivo médico y así lo subvierte, haciendo que la “objetividad”, planteada en esos términos clásicos, quede cuestionada. Ya era un atrevimiento cederle la palabra a quien, para la medicina, debía ser solo un obediente consumidor de sus prescripciones. Ya no será el médico quien, unidireccionalmente, designe lo que representa salud, igual a la de todos, sino que la cura será la consecuencia de un encuentro de palabras en el marco de una relación amorosa que el propio Freud denominará “transferencia”. Ya sabemos lo que hace surgir el amor: el relato de las experiencias “contaminantes” que influyen una vida sobre otra. Nada que ver con la asepsia muda del experimento guiado por el observador “no participante”.

Sí, se trata de un encuentro amoroso que se abstiene de plasmarse en lo sexual y que le da marco a un nuevo tipo de confianza. No es confianza basada en la espera de la iluminación del faro científico encarnado en la persona del médico, soporte de esa asepsia y de esa objetividad que supuestamente validaría su eficacia. Es un desplazamiento de la confianza desde la figura del médico hacia la palabra del “enfermo”, y más aún: confianza en que en esa palabra se aloja una memoria vital que reorientará al sujeto al reencuentro de una vida para él, la suya. La vida aquí no se reducirá a la persistencia de los signos vitales, sino a un sentir olvidado y aplastado por el malestar y el padecimiento de una generalidad vacía y enajenante. Esa nueva confianza (nueva porque no se trata de una confianza religiosa) en la palabra y en una memoria del cuerpo apuesta por perderle el miedo a “reaparecer” en sus diferencias, porque ¿quién sabe *a priori* lo que para cada uno es “vivir”? Si el psicoanálisis es una

ciencia, lo será teniendo en cuenta esta pregunta como punto de partida. En términos de la ciencia clásica, el planteo invalida para el psicoanálisis toda científicidad, ya que sería imposible generar una ley que diga de qué se trata y cómo se hace, en general, para “vivir”. Pero si nosotros insistimos en su carácter científico, ¿cuál sería su especificidad?

Para responder a esta pregunta surgen de inmediato cuestiones por desarrollar: la especificidad de la memoria con la que trabaja el psicoanálisis y el tipo de intervención con el que un psicoanalista opera, dentro del dispositivo clínico. Hay otra que tiene que ver con el cuerpo con el que trabaja, su concepción. Y otra más que se deriva de lo que para el psicoanálisis es la causa del malestar.

Respecto de la especificidad de la intervención del psicoanalista, esta solo es posible en “transferencia”, lo cual requiere que esa nueva confianza del analizante en sus palabras se vaya estableciendo como una alianza con el tratamiento, y eso ya es parte de su curación. Este movimiento coloca al analista como un operador que acepta y “reenvía” esa confianza en dirección a las palabras que el analizante dice. El analista no se asume como “el curador”, sino como aquel que “da paso” y da tiempo al despliegue de esas palabras, leyendo en ellas, como si conformaran un texto, el texto de la sesión. Parte de una suposición: que, en las palabras, se encripta la verdad particular de la causa del malestar. Freud comenzó con el análisis de los sueños: esos relatos acerca de imágenes que se presentan como un jeroglífico, una lengua en desuso que hay que devolver a la vida. Esa traducción será la solución para un deseo reprimido que no tiene lugar en la conciencia del individuo por resultar “inconciliable” con las necesidades del yo. ¿Y cuáles son las “necesidades voicas”? Necesidad de integración, homogeneidad, coherencia, visibilidad y conformidad. Nada que atente contra ese espejo será admitido en esa instancia. Los sueños son la cara visible de lo contrario (absurdo, multiplicación, disgregación, dislo-

cación, extrañamiento espaciotemporal) y son parte de nuestra realidad psíquica, a la que, si no se le da lugar, se sufre como una mutilación psíquica.

En este movimiento ya tenemos anudados los tres conceptos: un cuerpo afectado de palabras aloja una memoria “corporal” que se manifiesta transferencialmente (amorosamente) en una demanda dirigida al médico. Este la “reenvía” como una fe (otra vez amor) hacia esas palabras, apostando a que en ellas está la solución, para ese individuo, de esas afecciones. Esa memoria alojada en el cuerpo no es transparente, objetivable, visualizable, porque el cuerpo la hace opaca, y a esa opacidad la llamamos “el goce”. El cuerpo goza con eso que lo afecta: las palabras. Para decirlo de otro modo: al mismo tiempo que decimos que hay una fe en que en las palabras está la solución, también decimos que las palabras son la pantalla con la que esa afección se enraíza y resiste. Con las palabras el cuerpo delira como si se tratase de una sustancia adictiva. Podemos enamorarnos de una voz y dormirnos en el arrullo de sus modulaciones. En la palabra se mediatiza la solución, pero también su obstáculo, y por ahora no tenemos, los psicoanalistas, otro medio que no sea la palabra para que nuestro dispositivo clínico se sostenga. Entonces, ¿cuál objetividad es posible para validar una operación que se realiza por medio de palabras que la permiten y tienden a obstaculizarla a la vez? La ciencia, ¿no querría sacarse el obstáculo de encima para avanzar como un tanque sobre la objetivación del problema? Las palabras con sus efectos de engaño, sus espejismos y promesas, deben ser reducidas en sus efectos de significación para ser convertidas en fórmulas, ecuaciones, notaciones que por sí mismas no tienen sentido, tal como al principio dijimos acerca de la ecuación más famosa de Einstein. Sin embargo, los psicoanalistas no podemos hacer eso, porque ese es el barco con el que navegamos, atravesados por una demanda de amor que rechaza todo intento de asepsia experimental. El amor trans-

ferencial nos pone de lleno en el barro del síntoma y de todos los fenómenos psíquicos que nos permiten, desde esa “contaminación” amorosa, operar la extracción de algo nuevo, leer iluminando en la opacidad del cuerpo que “sangra” pero que, a la vez, se regodea en torno a esa herida y la mantiene fresca. El psicoanalista no se interesa por eliminar YA la sintomatología para evitar esa contaminación amorosa que lo empuja a poner el dedo en la herida, sino que opera participando para que se seque del sentido en el que coagula su presencia sangrante. Es que, sin querer saber nada de eso, ese individuo *es* la herida que, a su vez, quiere dejar de padecer. No hay, para el psicoanalista, asepsia experimental en la que guardar la objetividad de una intervención “científica”. El psicoanálisis, antes que eso, es una experiencia en la que ambos, analizante y analista, participan dentro de un dispositivo clínico al que no puede denominarse “experimental”, como si se tratase de un laboratorio.

La otra pregunta que es consecuencia de estas consideraciones es: ¿por qué la ciencia pareciera, *a priori* y como condición para poder llevar adelante sus avances, “desentenderse del padecimiento” para asegurar la justeza de su intervención y la validación de sus resultados? ¿Es que, entonces, debido a tal “objetividad”, la singularidad de ese padecimiento tiene que hacerse a un lado? ¿Y cómo es que vamos a construir una sociedad, una civilización, al margen de sus particularidades para asegurarnos la justeza e “imparcialidad” de las intervenciones científicas?

Por último y por el momento: ¿qué sería, entonces, lo que el analista “ve” dentro de su dispositivo clínico que justifica su intervención específica? ¿Cuál es la razón por la que esa fe en las palabras resulta ser eficaz para aliviar el padecimiento? Solo podemos decir que esa razón no va en la dimensión de la opacidad con la que las palabras “encubren” la solución del malestar, sino que va en la dimensión en que las palabras hacen que algo “aparezca”. ¿Y qué aparece? Algo que *a priori* y en ese instante

no tiene sentido, que inscriba esa afección dentro de una generalidad que podríamos denominar “aparato de interpretación”. Lo que aparece es una novedad. Bien, pero eso aparece ¿cómo? Se lee. El analista lee en las palabras una novedad que lo sorprende, dentro de la dormidera del sentido general “propuesto” por la propia dinámica y fluir inercial del discurso. Algo se escribe en el aire como un poema que revela otra realidad con las mismas palabras de siempre, a veces con alguna palabra inventada también. El analista lee a nivel del poema. No la del verso y la rima, sino la poética de lo imposible, la del intento de decir el silencio —no de lo que se calla, sino el del universo, el del espacio exterior, el silencio inmemorial de lo muerto—. Es como ganarle una muesca de terreno a la muerte excedida. El analista lee y el paciente interpreta luego, con esa clave, una nueva composición que va a ir desarrollando con esa novedad. Esa es la manera en que se hará “realidad” lo que ha surgido del texto de la sesión analítica. Si hay una operación “científica” en psicoanálisis, es seguro que tiene que ver con ese leer.

Sin que se presente ceremonialmente con la solemnidad de un instante revelador o trascendente, muchas veces aparece en la simple afirmación del analizante: “No lo había pensado”. Esa novedad Freud la leyó en los sueños, y leyó que eso liberaba al cuerpo del consuelo pesado del sentido común, el sentido religioso, y de las buenas intenciones que no solo no operan a nivel del dolor, sino que lo garantizan más aún. Como cuando se pretende consolar a alguien sustituyendo una falta con un objeto, eso no hace más que reiniciar el dolor de la herida, porque el sujeto descansa en lo insustituible. Este es un punto en el que se articula la gran diferencia entre la infancia y lo infantil. Lo infantil es la actitud de quien cree que todo se trata de encontrar un bonito consuelo, y que todo es sustituible; en cambio, la infancia es la que “sabe” que, apenas nacido, el humano es arrojado al reino de lo insustituible. Y por eso la infancia “sabe” jugar y lo infantil es la actitud del que corta el

juego cuando el individuo ve que pierde. Así podemos afirmar que el sujeto, en contradicción entre el intento de aliviarse del sufrimiento y, al mismo tiempo, aferrarse a este, divide al individuo (es decir, pone “en acto” la contradicción) entre la infancia y lo infantil, es decir, entre reconocer lo insustituible y buscar todo el tiempo un consuelo.

Es en este sentido que el analizante siempre habla de la infancia, no necesariamente de lo infantil. El analista escucha a nivel de la infancia y no se distrae en correcciones actitudinales, como si fuera un educador que posee la vara de la adultez. No hay consuelo para el deseo, su aparición equivale a ese leer del analista que señalamos antes. Los objetos sustitutos, ofrecidos como se le ofrece un chupetín a un niño que llora, empeoran el cuadro y no es la función del analista. El sentido que se le ofrece como consuelo equivale a un intento de acallamiento, de sepultamiento de la verdad de su deseo en nombre de un “yo sé lo que vos querés”. El padecimiento, entonces, tendrá que ver con ese exceso de sentido que propone un discurso consolador, poseedor de recetas para todos los males. Algunos han dado en llamar al psicoanálisis “ciencia de lo singular”, lo cual es una contradicción en la medida en que la ciencia pretende establecer leyes que permitan anticipar comportamientos en todos los casos y establecer, a partir de ahí, sus aplicaciones.